

Blanca llevaba en brazos una palomita moñuda, regalo de D. Vicente; pero, al poco rato, la paloma se la voló. Yo no quisiera que me sucediese otro tanto con el recuerdo de esta villa señorial: por eso lo archivo aquí.



DON MANUEL CAÑETE

(NECROLOGÍA.)

Si fuese lícito encabezar con ingeniosidades un trabajo de esta índole, yo daría principio á la necrología de D. Manuel Cañete diciendo que las letras patrias están de medio luto, gris ó negro con cabos blancos, por la muerte de literato tan estimable y laborioso.

De riguroso luto, no puedo decir en conciencia que lo estén. ¿Qué reservamos entonces para los días realmente nefastos, en que desaparecen del horizonte astros como Alarcon, por no citar sino al último que perdimos? Criticar no se reduce á juzgar; importa mucho distinguir, y una de las verdades más fecundas que deben inculcarse al público, sobrado propenso á ponerlas en olvido, es que

hay clases en literatura. ¡Y tanto como las hay! Dejémonos de democracias en achaque de arte, y proclamemos con valor la desigualdad más irritante.... para los necios.

D. Manuel Cañete, el docto investigador de los orígenes del teatro nacional, el perseverante crítico dramático, nació entre bastidores, como hijo de actriz, siendo lo que llaman nuestros vecinos un *enfant de la balle*; y en sus mocedades ejerció el humilde cargo de apuntador. No era sin embargo plebeya su traza, antes muy atildada y pulcra, cual si denunciase mezcla de aristocrática sangre. Era de aventajada estatura, de blanquecina color, casi exangüe, propia de quien estudia y vela; de cabeza angosta y menuda, de facciones desgastadas como el cuño de una moneda vieja; su afeitado rostro pedía el marco del empolvado peluquín con baterías; sus limpias y cuidadas manos, la aureola de los vuelillos de rancio encaje. Fué en sus amistades y enemistades vehemente y extremoso, en

política adicto á las personas é indiferente á las ideas, con las damas azucarado y madrigalista, sibarita en la mesa, desinteresado en cuestiones de dinero, hasta rayar en imprevisor dadivoso, por lo cual, al morir bastante anciano y dejando fresca aún la tinta de las últimas cuartillas, no se encontró dinero ni valores en aquella casa donde residía, — Caños, 7, — que á tanta aleluya chancera dió pretexto en vida del morador....

Las azarosas circunstancias de la juventud de Cañete impidieron al futuro Censor de la Academia Española seguir carrera alguna ni concurrir á las aulas. Pero el Teatro es una escuela literaria, viva, incesante: cada ensayo vale por una conferencia, por una lección cada fracaso y cada éxito. Entre la vida de teatro, el trato con los autores insignes á quienes alcanzó Cañete en su período de esplendor, y la asidua lectura, formóse el muchacho y pudo dejar las candilejas por la estudiosa lámpara. El presupuesto del Estado — común remedio de la estrechez

literaria en nuestro país — le aseguró la subsistencia, y sus buenas relaciones y méritos adquiridos hicieron lo demás... que no puede llamarse encumbramiento, pues Cañete no alcanzó posiciones altas.

Es fuerza añadir que no las pretendía tampoco. Faltábale ambición; y aunque poseía dotes oratorias, no era apto para la política, ni hallaba en ella aliciente. Su adhesión á los Borbones de la rama isabelina, más parece afecto personal que comunión de ideas. Ni juzgara el reinado de Isabel II, ni juzgó á la Restauración, que en cierto modo fué la antítesis de aquella tesis: había querido á la madre? pues quería al hijo, y al nieto, y no se tomaba el trabajo de discurrir sobre el particular.—En los primeros años de la Revolución que le había dejado cesante, Ayala, que le debía servicios literarios de mucha cuenta, quiso darle algún destino, salvándole así de la suma estrechez. Cañete rehusó con valor, y fué vendiendo, para sustentarse, parte de su rica biblioteca.... La Restauración llegó, risueña y

pujante; hizo ministros á los insultadores de Isabel II, pero no repuso á Cañete en su antiguo cargo en el ministerio de Fomento. La Infanta Isabel hubo de reparar este descuido.

En su vida de crítico no falta el correspondiente duelo, ó mejor dicho, un par de duelos, con Zorrilla el uno, y el otro con Rubí, que fué después muy su amigo y á quien dedicó en *La Ilustración Española y Americana* sentido elogio fúnebre. En el lance con Rubí mostró, según refieren, gran serenidad, y pasando los dedos por el agujero que en su sombrero practicaran las balas del adversario, dijo con indiferencia: «Cuestión de Aimable». (Entonces era Aimable el sombrerero de moda.) Declaro, con la imparcialidad absoluta á que aspiro, sobre todo ante el sepulcro, que me agrada harto más, en este caso especial, la actitud de Cañete que la de Alarcon, cuando en parecidas circunstancias estuvo á pique de hacerse cartujo.

Aunque avanzado en edad y gastado por una labor literaria poco intensiva, pero

prolija y constante, Cañete parecía destinado á vejez más larga de la que tuvo. Sorprendió el acaecimiento de su muerte. Hay literatos que están en carácter durante la juventud — por ejemplo, Espronceda — á otros nos los figuramos siempre en la madurez, aunque no la alcanzasen, — Larra, — y algunos, meritorios y útiles en su esfera, sin inspiración, más apreciables que gloriosos, y siempre un tanto rezagados, como Cañete, armonizan y encajan dentro del período de senectud, y caen muy bien como fondo de corporaciones oficiales, recostados en un sillón de Academia, ó entregando con animadora sonrisa la *clavellina de plata* y el rasgueado diploma á los vates premiados en algún certamen de esos que se abren «para honrar» á Santa Teresa, ni más ni menos que si Santa Teresa fuese Clemencia Isaura.... Cañete, encanecido, era el verdadero Cañete. No me refiero á su carácter, que afirman se conservaba vivo y fogoso, sino á la índole especial de su literatura.

Y ya es tiempo de hablar de ella.

Tres volúmenes conozco de Cañete: los dos de la Biblioteca de Escritores castellanos, y el de poesías, publicado hace más de treinta años, y triturado implacablemente por Antonio de Valbuena en sus *Ripios Académicos*. Cañete en poesía era clásico, feudatario de Gallego y Quintana, dado á usar latinismos y á emplear vocablos de dudoso gusto, como *feral* y *conforto*; y aunque no parezcan indignas de aprecio algunas de sus Epístolas (por ejemplo, la dedicada al conde de San Luis), la verdad es que su presencia ni pone ni quita tilde al Parnaso español. Dejemos á un lado los renglones cortos de Cañete, y tratemos de sus dos libros realmente importantes, que forman los tomos xvi y xxviii de la Colección susodicha¹.

Componen el primero dos estudios biográfico-críticos: *El duque de Rivas* y *El Dr. D. José Joaquín de Olmedo*. No titubeo en dar por útil, bien escrita y digna de

¹ Otros varios trabajos pueden citarse del Sr. Cañete, que aquí por falta de espacio no se examinan. Entre ellos descuella el Estudio preliminar del *Gil Blas* (edición Espasa), y el prólogo á las obras inéditas de Quintana.

ser consultada la biografía del gran Ángel Saavedra, aun cuando el que quiera entender plenamente la genialidad del restaurador de nuestro teatro romántico, (restauración iniciada por el *Aben Humeya* de Martínez de la Rosa y por el *Macías* de Larra) hará bien, después de leer á Cañete, en asesorarse con el marqués de Valmar, en su *Discurso necrológico*, y con Valera, en el hermoso *Estudio biográfico* que al duque de Rivas consagró. Hace Cañete esfuerzos para comprender al autor de *Don Alvaro*; quiere explicarlo, sentirlo; aplica á este empeño todas sus fuerzas, todo su conocimiento de la época y del personaje...., y se ve que lidia con un imposible: *Don Alvaro* no cabe en su cabeza. No he visto ejemplo más palmario de impotencia crítica que esta biografía. Pálida y borrosa aparece la figura del protagonista—esa figura tan caracterizada, de tanto relieve—y ni vemos al *hombre* (muy digno de ser visto y estudiado), ni nos damos cuenta de la *obra*.... Faltan á Cañete el pincel del artista y el

escalpelo del anatómico. Honrada exactitud en los datos; forma ni descuidada ni ingrata; moderación y templanza al calificar las dos escuelas, clasicismo y romanticismo, que señoreaban el campo literario al resplandecer la musa de Ángel Saavedra; cultura literaria y acierto en algunas reflexiones de escasa trascendencia, son los méritos que pueden estimarse en la biografía del duque de Rivas por Cañete.

Muy superior, no sólo por la plenitud de noticias, sino por el fondo crítico, encuentro la del poeta peruano Olmedo. Dió en ella Cañete la medida cabal de sus facultades críticas; no podía volar más alto. No rebosa en el estudio sobre Olmedo, como en ningún trabajo del mismo autor, jugo vital; pero está casi compensada esta deficiencia, con la bien escogida erudición, con el cabal dominio del asunto, la acertada elección de las autoridades en que se apoya cuando no habla por cuenta propia, y la limpieza y buena pasta del estilo y lenguaje, aquél más suelto y menos entorpecido éste que otras ve-

ces por las tranquilas de preposiciones, conjunciones y artículos innecesarios. El estudio sobre Olmedo no podrá llamarse definitivo, porque no podía Cañete agotar un asunto como lo agota, verbigracia Menéndez y Pelayo (no en el terreno de la erudición, según imaginan los profanos, sino en el de la comprensión y análisis); pero será de perpetua consulta para los que aspiren á conocer la literatura hispano-americana, por desgracia casi ignorada entre nosotros.

El segundo libro de Cañete que se incluyó en la Colección de Escritores castellanos, se titula *Teatro español del siglo XVI*, y consta de cinco estudios histórico-literarios, sobre autores dramáticos anteriores á Lope de Vega, y pertenecientes al obscuro período de nuestros orígenes teatrales: Lucas Fernández, el de las ingenuas églogas; Micael de Carvajal, el autor de la notable *Tragedia Josefina*; el maestro Jaime Ferruz «clérigo grande» como de Dante se dijo, y, por último, el maestro Alonso

de Torres y Francisco de las Cuevas, á quienes inspiró el martirio de los angelicales niños patronos de Alcalá, Santos Justo y Pastor.—Esta empresa de Cañete, como obra de investigación y no de alta crítica, era adecuada y conforme á su capacidad y medios intelectuales, y á ella deberá la modesta inmortalidad del útil obrero literario, porque las cosas han de ser buenas según su género, y así es buena, no vacilo en decir excelente, recomendable, digna de todo aprecio, la colección de estudios sobre los Orígenes del teatro español, fuente viva y clara de datos, puntos de vista y apreciaciones por todo extremo interesantes, y demostración razonada y á trechos elocuente de que el manantial de donde se formó la cascada impetuosa de nuestro teatro romántico nacional fué el templo, la idea religiosa: —el Auto. Lástima grande que no haya realizado Cañete su anunciado propósito de escribir la «Historia del teatro español anterior á Lope de Vega», ni el libro ó estudio completo so-

bre Ayala, que tenía también *in mente!*

Labores fructuosas hubieran sido ambas, mientras de las interminables *Revistas* de teatros con que inundó las columnas de *La Ilustración Española y Americana* apenas pueden entresacarse dos páginas dignas de ser recogidas en volumen. Acabo de arrostrar su farragosa lección y de comprobar una vez más la especie de ligadura ó maleficio que cohibe á los eruditos de raza cuando quieren abarcar una forma literaria viviente, contemporánea, y para decirlo con palabra de que abominaba Cañete, — *moderna*. Atónita me quedé cuando días hace los periódicos felicitaban á toda orquesta á Mariano de Cavia por la sucesión de Cañete en *La Ilustración*, ni más ni menos que si se tratase de sustituir á un Sarcey ó á un Lemaître. Si el conocimiento del pasado de un ramo de la literatura da autoridad para sentenciar respecto á su estado presente, autoridad tenía Cañete para disertar sobre el teatro en nuestros días; pero si además se requieren, para tan ar-

dua tarea, gusto, acierto, amenidad, criterio fijo, vista sagaz y *discernimiento de espíritus*, entonces preciso es convenir en que Cañete no servía para Fiscal del Supremo literario.

Son sus crónicas extensas, y, lo que es peor, de *relleno*; jamás parece acordarse de que por algo se dijo:

« Glissez, mortels, n'appuyez pas. »

Siempre hay un *embutido* que forma el cuerpo de las crónicas: ó soporíferas exposiciones del argumento de las obras teatrales; ó interminables trozos de verso tomados de las mismas; ó lista completa y larguísima extractos de la opinión que emitieron sobre ellas los principales periódicos; ó citas de críticos franceses (entre los cuales descuella Zola) traídas á colación para robustecer cualquier reflexión insípida, vestida de tal seriedad como si fuese la más profunda sentencia.—Nótese esta particularidad de Cañete: dicen que era en su conversación sazonado: pero en sus escritos falta

hasta la sonrisa.—Es más: sus crónicas, siendo en los fallos excesivamente benévolas (que no es lo mismo que *justas*), tienen un dejo de evidente mal humor.

Su carencia de nociones de perspectiva crítica se advierte al ver que consagra más espacio á obras baladíes que á las que marcaron huella y sobreviven aún; que lo mismo se remonta hablando de un sainete ó comedieta, que de un buen drama ó comedia de mucha miga. Su miopía y poquedad literaria resaltan cuando, verbigracia, para elogiar á *La duquesa de Alora*, se funda en razones de esta índole. «El autor sólo pone en juego personas decentes.» ¿Qué mayor prueba de desorientación que su campaña contra «el novísimo naturalismo» en la escena española, donde ninguna obra verdaderamente naturalista se ha representado hasta hoy, y donde el realismo procede de Moratín y Bretón de los Herreros, y carece en el día de cultivadores? ¿Qué pensar de un crítico que confunde años y años molinos de viento con gigantes, y el efectismo romántico con un

soñado naturalismo, nonnato aún? ¿Qué pensar, repito, de un crítico á quien los dedos se le hacen huéspedes, é ignora totalmente hasta las fases y evoluciones de lo mismo que excomulga á diario, creyendo en 1891 que la estética no ha dado un paso desde hace tres lustros, y que está de última moda la *bestia humana*?

Bien sabe Dios que desearía poder expresarme en otros términos al calificar las críticas teatrales del Sr. Cañete; pero obligada á decir lo que juzgo verdad, faltaría á ella si no manifestase lealmente la impresión que me produjeron, más desconsoladora aún de lo que aparece aquí. Puesta á decir, ¿qué no diría yo, de quien encuentra «sano y profundo» el *Maitre de Forges*; de quien asegura impávido que Octavio Feuillet «penetra con paso firme en los arcanos del corazón»; de quien aboga sin tregua por el restablecimiento de la previa censura teatral; de quien dedica á cualquier arreglo del francés ó insulsez nacional columna tras columna, y tres ó cuatro parrafillos no más

á *Siempre en ridículo*; de quien insinúa que haría auto de fe con *Un crítico incipiente*; de quien todo se vuelve asombros, puerilidades, moralejas triviales y mezquindad estética, sin compensar los errores del juicio con el brillo del ingenio, la sal del donaire y el atractivo de la forma?

Así y todo no considero despreciable la labor crítica de Cañete. Hay en ella buena fe, deseo de alentar á los novicios, celo por el arte. Á veces es muy concienzuda, y siempre revela un espíritu docto, una información copiosa, base de la comparación. Por cierto que, reconociendo en Cañete este mérito y teniéndole por tan versado en la historia de nuestra literatura dramática, me ha sorprendido que en Noviembre del año 89 elogiase desmedidamente á Calderón por autor del *Alcalde de Zalamea*, sin dar el más leve indicio de conocer, — ya que no la Memoria de D. Juan Eugenio Hartzenbusch donde se demuestra que el gran *Alcalde* fué mera refundición ó imitación de la pieza de Lope de Vega que se conserva manus-

crita en la Biblioteca Nacional — por lo menos el artículo de Menéndez y Pelayo, que divulgó estos datos.

Debe estimarse también en Cañete, no sólo la forma moderada y culta que emplea para censurar los yerros en que á su entender incurren los autores, sino la campaña contra las ineptias que suelen aplaudirse en teatros por sección. Sin duda que esta campaña, loable en el fondo, no siempre fué llevada con acierto; porque ni se puede establecer como principio indiscutible que todo drama *serio* valga más, literariamente hablando, que un sainete, ni parece razonable, para condenar la cancioncilla ó *scie* del *Riquitrún*, compararla nada menos que á un coro escrito por D. Pedro Calderón de la Barca! Bazofia literaria pueden ser, y son muchas veces por desdicha, los *juguetes*, *disparates*, *apropósitos*, *humoradas*, *revistas* y *pesadillas* representables que sacaban de quicio á Cañete; pero bazofia hay también en los teatros serios, y más se ha de perdonar al que menos pretende.

Por otra parte, Cañete, que no se hartaba de condenar el mal gusto del público al dejar vacíos los teatros serios y agolparse en los teatrillos por horas, nunca pensó tener una palabra de censura para las altas clases, que sudan oro á beneficio del arte lírico ó de las compañías extranjeras, y prescinden de nuestros escenarios dramáticos. Si el pueblo y lo menos entonado de la clase media corre tras las chocarrerías del *Riquitrín*; si la crema y la mesocracia que la imita sólo tienen dinero y humor para el turno del Real, ¿de dónde va á salir el espectador del drama y la comedia? Del Real no decía palabra Cañete...., y no obstante, no son los teatros por horas quienes, hoy por hoy, perjudican más á la Talía hispana. Su cabeza de turco eran esos escenarios modestos donde no falta á veces mucha sal, bonita música y actores dignos de encomio.

Pero entre las personas que con su asistencia prestan brillo al teatro de la Opera, tenía Cañete amigos y protectores, y (digámoslo en tono indulgente, hasta cordial)

en la crítica de Cañete mandaban mucho el corazón y las simpatías personales, la gratitud y el afecto. Los que le han conocido á fondo declaran que supo adherirse como la yedra. Fernán Caballero le había dado su retrato con esta dedicatoria al pie: «Al mejor de los amigos y al más bueno de los hombres.» Si las condiciones del carácter no pueden excusar los yerros del crítico, valgan para que el hombre obtenga—hasta de quien no disfrutó de su amistad—respetuosa conmemoración y cristiano voto de paz á su memoria.

